

ha hecho Jesucristo, sin temor de perderse por la vanidad, que tendrá cuidado de hacerse semejante á El, no por la virtud de hacer prodigios, sino por la imitación de su paciencia y de su dulzura.

« Por tanto es mayor milagro curar los males de la propia alma, que las enfermedades de los otros; y se debe hacer más del estado de la santidad de vida, que del don de hacer prodigios; pues el Salvador del mundo, hablando á sus discípulos de esas curaciones exteriores, les dice que no se regocijen de que los demonios les estén sujetos; sino que se alegren de aquella pureza de su vida y de sus corazones por la cual sus nombres están escritos en el cielo.

« El santo abad Nesteros, dice luego Casiano acabando de relatar esta segunda conferencia, después de haber nos hablado del don de milagros y de haber nos dado estas santas instrucciones, nos condujo hasta la celda del santo abad José, que distaba de la suya cerca de dos leguas. »

---

#### EL ABAD JOSÉ, ANACORETA DE PANEFISA<sup>1</sup>

No repetiremos aquí lo que ya hemos dicho en otra parte, hablando de los discípulos de san Antonio, sobre el abad José de Panefisa, cuya discrecion encomió ese santo. Se cree que este es el mismo á cuya celda acabamos de ver que el abad Nesteros condujo á Casiano y a Germán. Era de una condición distinguida, como veremos luego, y recibió una esmerada educación; pero prefirió la humildad de Jesucristo á las ventajas del mundo, retirándose, siendo aún jóven, á un monasterio, en el cual cultivó mucho las Letras

<sup>1</sup> Casiano, *Vita Patrum*.

santas adquiriendo en ellas gran conocimiento, no solo con su propia lectura, más aún por las luces de otros. Se retiró después en particular, y tuvo discípulos con los cuales formó una pequeña comunidad. Eulogio, sacerdote de Alejandría, quien ayunaba muy austeramente, pasando algunas veces dos días, y otras una semana entera sin comer nada, tuvo un día la curiosidad de ver por sí mismo su conducta y la de sus discípulos. Fué con algunos de los suyos á su monasterio, donde este santo abad lo recibió con muchas muestras de respeto y de alegría, y le hizo preparar comida del mejor modo que pudo en su religiosa pobreza. Los discípulos viendo sus apuros, le dijeron que su maestro sólo comía pan y sal; pero el abad José fingió no oírlos, y él mismo comió de aquello que se había puesto en la mesa. Permanecieron tres días en el monasterio, y durante todo ese tiempo nunca oyeron salmodiar á los discípulos de este venerable abad, ni aún se apercibieron que hiciesen oración; pues practicaban en secreto estos santos ejercicios para evitar los lazos de la vanagloria; de suerte que después de estos tres días se retiraron muy poco edificados.

Pero Dios, que quería curarlos de su falso juicio, hizo que habiendo partido se levantase una niebla tan espesa que les hizo perder de vista el camino que debían seguir, por lo que volvieron, al monasterio. Así que hubieron llegado á la puerta, oyeron que el abad José y sus discípulos cantaban los salmos; quisieron aguardar que hubiesen concluido; lo que duró largo tiempo, después del cual llamaron.

De esta respuesta tomó motivo este gran anacoreta para hablarles de las amistades cristianas, en un coloquio en el cual dió excelentes reglas sobre la caridad, las cuales son muy útiles á todas las personas que viven en comunidad, como también á aquellas que están unidas por los vinculos de una amistad bien ordenada.

Enpezó su conferencia distinguiendo las diferentes causas que producen entre los hombres una amistad natural y toda humana. « Algunas veces, dice, la recomendación que se nos ha hecho de una persona habiéndonos procurado su conocimiento, nos une por amistad con ella; otras veces nuestra amistad viene de ocuparnos juntos con otro en los mismos trabajos y en la misma profesión. Aún hay otra que proviene del instinto ó de la naturaleza, de esa ley natural que hace que amemos á nuestros conciudadanos, á nuestros padres, á nuestros hermanos y á nuestros hijos. Más como todas esas amistades son comunes á buenos y á malos, muchas veces se deshacen por la separación de los lugares, por el olvido, duración de tiempo, y diversidad de ocupaciones; y el menor accidente basta para romperlas.

« No hay más que una clase de amistad que sea estable; aquella que tiene por principio la semejanza en las buenas costumbres y en la virtud. Una vez contraída esa alianza entre dos personas, ya no hay diferencia de inclinación ni contrariedad de voluntad ó de deseo que se deba temer. No por eso queremos decir que no hayamos visto personas unidas por la caridad de Jesucristo, cuya amistad ha perdido su primer fervor; sino que no se ha conservado, por que siendo debilitada por la languidez de uno, no ha podido ser sostenida por la fuerza de paciencia del otro. Así, por más esfuerzos que este haya hecho para sostenerla cuando vacilaba, se ha roto al fin por la extrema debilidad del otro; pues aunque los fuertes manifiesten una grande paciencia para con los débiles, estos fácilmente sucumben bajo el peso de su propia flaqueza, y la misma obligación que uno tiene de soportarlos, se le hace insoportable. » Sólo, pues, la semejanza en la virtud, hace la amistad constante; y cuando David ha dicho, *que es bueno y dulce que los hermanos moren reunidos* (Psal. 132), esto precisa-

mente no se debe entender de aquellos que están en un mismo lugar, sino de aquellos que viven en un mismo espíritu; pues de que sirve habitar en un mismo lugar á aquellos que están lejos uno de otro por la contrariedad de sus costumbres y la diferencia de su conducta? Es la unión de virtud y no de mansión, la que hace á dos personas hermanas delante de Dios, y jamás la paz se puede conservar cuando las voluntades son diferentes.

De ahí tomó ocasión el abad Germán para preguntarle si cuando uno de dos amigos quiere una cosa que cree serle ventajosa según Dios, debe seguir su buena voluntad, aunque su amigo sienta lo contrario, ó si debe dejarla para complacer á su amigo. El abad José le respondió que no habia peligro que eso sucediera entre amigos igualmente inclinados al bien. Que si ellos empiezan á entrar en contestaciones demasiado vivas, es evidente que jamás habían sido amigos según el principio que ya habia establecido. « Pero, añade, yo creo que es necesario que os dé en pocas palabras una regla fácil para adquirir la paciencia y la paz que os servirá de un medio para consolidaros en la perfección de la amistad.

El primer fundamento, pues, de una verdadera amistad consiste en no aficionarse á nada del mundo, ni siquiera á aquello que á uno le sirve de uso ordinario; porque eso sería una irreligión, que después de haber renunciado el siglo se prefiriese alguna insignificante cosa que de el nos quedara, á la amistad de nuestros hermanos que nos debe ser tan preciosa.

« El segundo grado es renunciar enteramente á su propia voluntad, por temor de que considerándose demasiado sabio é ilustrado, no se quiera más seguir sus sentimientos que los de su hermano. El tercero es saber sacrificar al bien de la caridad y de la paz todo aquello que se crea útil y aun necesario.

« En cuarto lugar, es necesario persuadirse bien que jamás hay motivo alguno por el cual sea permitido encolerizarse. En quinto lugar, conviene tratar de remediar el mal humor y la cólera que sin motivo nuestro hermano ha concebido contra nosotros, y endulzarla con tanto cuidado como la haríamos en nosotros mismos. En fin este último grado, que también es la ruina de todos los otros vicios, es creer cada día que uno debe morir antes que este se haya pasado. »

Tales son las reglas de caridad que el abad José proponía á Casiano y á Germán, para hacer la amistad cristiana firme y constante ; y estas reglas bien observadas en todas clases de comunidad, se verificaria á la letra el oráculo del Profeta rey : *¡ Oh que bueno y dulce es que los hermanos habiten reunidos !*

Lo que el bienaventurado abad añade en el curso de la conferencia no es menos útil é instructivo. « 1° Sino hay, pues, nada, dice, que se deba preferir á la amistad, tampoco hay cosa alguna que no se deba hacer y sufrir antes que dar entrada á la cólera. Todo se debe sacrificar y todo se debe sufrir de buen corazón, á fin de conservar inviolable el lazo de la caridad y de la paz.

« 2° Como el demonio siembra enemistades entre las personas débiles por pequeñas comodidades temporales, trata también de sembrar motivos de desunión entre las personas espirituales por la diversidad de sus sentimientos ; por eso para conservar la caridad, no basta quitar el primer principio de las querellas, que nace de las cosas terrenas, conviene arrancar el segundo, que emana de la diversidad de sentimientos, sujetando humildemente nuestro espíritu para hacerlo conforme al de los otros.

« 3° Observemos inviolablemente esta ley tan santa de nuestros ancianos, que nos prohíbe adherirnos á nuestros sentimientos con preferencia á los de nuestros hermanos.

Estamos muy conformes en esto que san Pablo predijo, *que el demonio se transforma en ángel de luz* (I Cor. 12), para taparnos los ojos y hacernos pasar el error por la verdad ; y este es un lazo inevitable al que se apoya demasiado en su propio juicio, sino se corrige de este vicio haciéndose discípulo de la humildad.

« No hay persona alguna, sea por ilusión del demonio, sea por el error que es ordinario en los hombres, que no experimente en esta carne mortal, que se puede engañar. Aun aquel que tiene un espíritu más claro y más ciencia, cree algunas veces verdadero aquello que es falso ; y otro que tiene menos luces puede en ciertas ocasiones ser más justo en sus sentimientos. Esto es lo que obliga á los más sabios á no ser jamás tan presuntuosos que crean no tener necesidad de consultar á los otros.

« 5° Quien podría sin perderse, atribuirse á sí esa independencia de todos los otros, después que san Pablo, ese vaso de elección, ese Apóstol á quien el mismo Jesucristo hablaba, como él lo asegura, declara no obstante que él ha venido á Jerusalém sólo para conferenciar con los apóstoles sobre el Evangelio que predicaba á los Gentiles, y que había aprendido del mismo Dios en sus revelaciones ?

« 6° La Escritura ensalza de tal modo la caridad, que san Juan dice, no solamente que es una cosa divina, sino que es el mismo Dios. *Dios, dice, es la caridad* (Joan. 4). Se pueden hacer extensivos á todo el mundo los efectos de esta caridad, de la cual el bienaventurado Apóstol dice : *Mientras tenemos tiempo, practiquemos el bien para con todos* (Gal. 6) ; y se debe de tal manera á todo el mundo, que ni los mismos enemigos se pueden excluir. Mas esa caridad de afección, llamada amistad, se tiene con pocas personas, y solamente con aquellos que nos están unidos por una semejanza de costumbres y virtudes. Eso lo ve-

mos por el ejemplo de Jacob, quien, amando á sus doce hijos con una ternura verdaderamente paternal, sentia no obstante una inclinación particular por José (Gen. 37). Y por ventura no está escrito de san Juan, que era el discípulo amado de Jesus, aunque Jesus amase á los otros discípulos con un afecto muy particular (Joan. 13)?

« 7º La esposa, en el Cantar de los Cantares, dice: *Regulad en mí la caridad* (Cant. 2º sec. LXX). Luego la caridad bien regulada es aquella que no teniendo aversión á nadie, ama no obstante á algunos de un modo particular á causa de la excelencia de su virtud y de sus méritos, la cual sintiendo un afecto general para todo el mundo, se reserva un pequeño número de personas escogidas para amarlas con mayor efusión de corazón, y aun en este pequeño número escogido hace una segunda elección, por la cual se reserva algunos que ocupan el primer lugar en su amor y en su corazón. »

El abad José manifiesta después algunos defectos de caridad de ciertos religiosos, en los cuales unos estando ofendidos contra sus hermanos, ó siéndolo sus hermanos contra ellos; « en lugar, dice, de pensar en calmarse ó apaciguar á los otros con palabras dulces y una humilde satisfacción, disimulan la tristeza que les causa su propia emoción, ó la de los otros, y manifiestan no estar ofendidos, lo que sólo sirve para encender un fuego que hubieran podido extinguir, si hubiesen sido más humildes y más caritativos.

« Otros, añade, estando ofendidos por los discursos de algunos de sus hermanos, cuando alguna persona sabia les suplica que se suavizen, responden á sus avisos, que si un pagano ó una persona del mundo les hubiese hecho esa injuria, la hubiesen soportado; pero que no hay medio de sufrirla de su hermano; como si no se debiera tener paciencia más que con los paganos y sacrilegos; y como si

la cólera sólo fuera mala contra un pagano, y fuera buena contra nuestro hermano.

« Y qué abuso más grande puede haber que creernos algunas veces muy pacientes con dejar de responder á nuestros hermanos que nos irritan, mientras que agriamos su cólera con un silencio afectado, ó con gestos de menosprecio y de risa? Nos creemos inocentes, porque no ha salido nada de nuestra boca que nos pueda hacer condenar por los hombres; pero en el discernimiento de los pecados, por ventura Dios no tiene en consideración más que las palabras, y en su juicio no examinará esa cólera soberbia que se esconde con frecuencia bajo el velo del silencio?

« También se encuentran algunos que estando en mal humor ó en cólera, se abstienen de comer con una obstinación invencible; hay otros que, cuando estan en paz, no pueden aguardar á comer más tarde de sexta, ó lo más de nona, quienes al encontrarse en este estado paran sin pena dos días seguidos sin comer, porque soportan fácilmente el defecto de nutrición nutriendose y como susteniéndose con la cólera.

Por fin, hay otros que llevan la ilusión más lejos, quienes, no contentándose con haber promovido cuestiones, hacen también con sus palabras ofensivas que sus hermanos lleguen á pegarles; y entonces afectando parecer dulces y pacientes, y habiendo recibido un pequeño golpe, ofrecen al momento la otra mejilla para recibir otro golpe, pensando con esta hipocresía cumplir perfectamente el mandato de Jesucristo. Pero si considerais bien el fin y el motivo de tal proceder, reconoceréis fácilmente que no se puede cumplir con la paciencia y la dulzura con un espíritu todo opuesto que no respira más que impaciencia y furor. Así cuando Jesucristo nos dice que debemos presentar la otra mejilla á aquel que nos ha herido la derecha, no solamente esto se debe entender al piede la letra, sino

que el sentido principal es que añadamos á la paciencia exterior la del hombre interior, arrancando de nuestro corazón todas las raíces de la cólera, aceptando humildemente la afrenta recibida y cuidando de hacer volver en sí al que nos la ha hecho, con nuestra paciencia y dulzura (Math. 5).

« Se debe, pues, creer, contenúa al abad José, como una cosa incontestable, que aquel que somete su voluntad á la de su hermano, tiene mucha más fuerza y virtud que aquel que está más aficionado y obstinado en defender sus sentimientos. El primero es semejante á una persona sabia y robusta que sufre una enfermedad; el segundo ocupa el lugar de aquel enfermo, al cual conviene mitigar y tratar con dulzura, teniendo para con él algunas veces la condescendencia de ceder en alguna cosa para guardar la paz con él.

« Vosotros mismos podeis notar que aquellos que son tan débiles tienen como inclinación natural en maltratar á los otros, y sin embargo son extraordinariamente delicados por aquello que les pertenece; y cuando ellos tratan con una libertad inconsiderada á los que están con ellos, no quieren sufrir que se les diga la menor cosa que les desagrada.

Por fin, concluye el abad José, el solitario que quiere conservar una amistad sincera é inviolable con sus hermanos, debe procurar en primer lugar que por más injurias que se le hagan, conserve siempre la paz en el fondo de su corazón. Que si siente la menor alteración debe guardar un religioso silencio. No debe considerar su estado presente ni aquello que la pasión le representa; sino que se debe acordar de la caridad que ha tenido hasta entonces, y sólo pensar en procurar la paz, la cual ha de considerar como debiendo suceder á esa emoción que la altera.

« Contengamos, pues, de tal modo, dice también, los

movimientos de la cólera, y regulémoslos de tal suerte con nuestra prudencia, que no seamos arrastrados por ellos. Dilatemos nuestro corazón con la extensión de la paciencia. Cedamos en este corazón á esa virtud un lugar tranquilo, donde delibere despacito sobre cuanto le acaezca. Dilatémosle por temor que estando coartado por la pusilanimidad, nose llene instantaneamente por los movimientos de la cólera, y que no podais ya recibir más en él, á causa de esta restricción, la ley de Dios, que el Profeta llama una le yextensa (Psal. 118).

« Así es como, dice Casiano terminando esta conferencia, el bienaventurado abad José nos habló de la amistad cristiana espiritual, escitándonos á amarnos aun con más ardor y firmeza de lo que habíamos hecho. » Antes de concluir el artículo del abad José creemos deber referir un ejemplo de obediencia que Casiano colocó en su cuarto libro de las *Instituciones*, y que parece referirse á este abad, aunque este historiador no lo nombre. Tampoco nosotros nos atrevemos á asegurarlo; pero la semejanza de condición y educación parece autorizar nuestra conjetura; y si se refiere á cualquier otro que no sea el abad José, no quedará uno menos edificado de verlo aquí. « Yo hablaré también, dice Casiano, de un religioso muy conocido mio, que era de una familia muy ilustre; pues era hijo de un conde muy rico, y había sido perfectamente instruido en todas las bellas letras. Habiendo, pues, dejado sus parientes y abrazado la pobreza del monasterio, el superior para probar su humildad y su fé, le mandó que tomara diez espuertas de mimbres, que las cargara sobre sus hombros y que las llevara por todas las calles de la ciudad para venderlas, aunque se pudiese prescindir de ello, con esta condición, que si alguno se las quería comprar todas juntas, no las vendiera, y que sólo las vendiera de una en una; lo que le mandó à propósito á fin de que en este estado

permaneciera más tiempo en la ciudad. Cumplió esta comisión con una fé admirable, y pisoteando la falsa vergüenza del mundo por el amor de Jesucristo, puso estas espuelas sobre sus espaldas, las vendió del modo y al precio que le habían dicho, y trajo el dinero al monasterio. No se admiró de un empleo tan vil y bajo, y sin considerar la desproporción de este ejercicio con la cualidad que poseía en el mundo, sus deseos sólo se dirigían á ponerse en estado, por su obediencia, de adquirir la humildad de los Hijos de Dios, que es la verdadera nobleza. »

---

#### EL ABAD PINUFIO <sup>1</sup>.

La humildad del abad Pinufio fué tan prodigiosa, que Casiano, después de haber hablado de él en sus Instituciones como de un modelo admirable, vuelve á hablar en su vigésima conferencia. Hé aquí lo que en sustancia dice de este venerable religioso.

El abad Pinufio era sacerdote y superior de un célebre monasterio en Egipto cerca de Panefisa, en el cual había una comunidad numerosa. Se había hecho tan respetable en toda la provincia por sus extraordinarias virtudes, y sus milagros le habían adquirido una gloria tan grande, que creyendo haber ya recibido por las alabanzas de los hombres la recompensa de sus trabajos, fué cogido de un vivo temor de perderlos bienes celestiales; y en esta aprensión se determinó á abandonar secretamente su monasterio para retirarse en otro en el cual se pudiese ejercitar sin ser conocido en las prácticas de humildad. Se escondió, pues, y

<sup>1</sup> Casiano.

se retiró á las entrañas de la Tebaida. Allí no quiso vivir como anacoreta, como fácilmente hubiera podido; sino que quiso más entrar en el célebre monasterio de Tebas, para estar allí más escondido, y para sujetarse, según sus deseos, al yugo de la obediencia.

Se quitó el hábito que llevaba con el cual habría podido ser conocido, y se puso uno de seglar con el cual se presentó á la puerta del monasterio. Aquí permaneció muchos días, derramando lágrimas en abundancia y postrándose á los pies de todos aquellos que entraban y salían, para obtener la gracia de ser admitido. Pero bien lejos de acceder, se le probó, según costumbre, con desprecios humillantes. Le dijeron que no era más que un hipócrita que sólo venía para asegurar su vejez y tener pan, después de haber pasado sus primeros años satisfaciendo sus placeres en el siglo. Por último, lo llenaron de desprecios, que no obstante él sufrió con una humildad y paciencia heroicas. Su perseverancia hizo que después de muchas dilaciones lo admitieran en el monasterio, pero no lo consideraron más que como á un viejo que para nada sirve, y lo emplearon en el jardín bajo la disciplina de un religioso mucho más joven que él.

Cumplió este deber con una humildad prodigiosa; no solamente hacia todo cuanto este jardinero ó su empleo exigía de él, sino que aún durante la noche se levantaba en secreto para hacer otras obras muy penosas y que todos los hermanos las consideraban como muy odiosas, aunque por otra parte necesarias; de suerte que por la mañana la comunidad quedaba extrañamente sorprendida, cuando veía todas esas obras concluidas sin conocer quien las había hecho.

Perseveró tres años en estos ejercicios durante los cuales los religiosos de su monasterio lo buscaban por todas partes; pero por fin fué reconocido por un religioso que pasó